

Plutarco

**CONSEJOS A LOS POLÍTICOS
PARA GOBERNAR BIEN**

Traducción y posfacio
de José García López

 **Siruela**

Libros del Tiempo

Índice

Sobre la traducción y las notas	9
--	----------

CONSEJOS A LOS POLÍTICOS PARA GOBERNAR BIEN

A un gobernante falto de instrucción	13
---	-----------

Consejos políticos	21
---------------------------	-----------

Posfacio	
José García López	81

Notas	93
--------------	-----------

Sobre la traducción y las notas

En nuestra traducción hemos intentado conservar, en la medida de lo posible, el estilo de Plutarco, siguiendo el original griego de las ediciones de Marcel Cuvigny, para el tratado *A un gobernante falto de instrucción*, en el volumen XI, 1 de *Plutarque. Œuvres Morales*, editada por Les Belles Lettres, París 1984, y de J.-C. Carrière, para el tratado *Consejos políticos*, en el volumen XI, 2, de la misma obra, la misma editorial y el mismo año. Señalamos en nota correspondiente el único pasaje donde nos apartamos de este texto y seguimos la puntuación de la edición inglesa, abajo citada. Hemos tenido en cuenta, también, la traducción de estos tratados realizada por ambos autores, así como la edición y traducción de H. N. Fowler, *Plutarch's Moralia X*, col. Loeb, Cambridge (Massachussets) 1936, y la traducción española de Helena Rodríguez Somolinos y Carlos Alcalde Martín, citada en la nota 2 de este Prólogo. Estos dos tratados, así como los otros tres de contenido político comentados anteriormente, están también incluidos en la traducción de unos cincuenta tratados de *Moralia*, que hizo Diego Gracián de Alderete (Valladolid) y que dedicó, primero, al emperador Carlos V y, unos veinte años después, mejorada y mejor impresa, al rey Felipe II (Salamanca 1571), de quien, como de Carlos V,

fue secretario. Las notas al texto pretenden ofrecer al lector unos breves apuntes biográficos de los numerosos personajes de la Antigüedad, principalmente grecorromana, citados por Plutarco, y situar los lugares geográficos que salen al paso continuamente en estas obras plutarqueas, algunas verdaderos opúsculos, de modo que sirvan como una especie de índice y se valore con ellos el gran caudal de fuentes literarias y conocimientos de otro tipo que maneja nuestro autor, y su uso, muy parecido y en ocasiones idéntico, en *Moralia* y en *Vitae*.

Por último, quiero hacer constar mi agradecimiento a Concepción Morales Ota, mi mujer, que ha leído estas páginas y ha aportado acertadas observaciones. La responsabilidad última de estas páginas es, naturalmente, solo mía.

CONSEJOS A LOS POLÍTICOS
PARA GOBERNAR BIEN

A un gobernante falto de instrucción

1. Los habitantes de Cirene¹ pidieron a Platón² que les dejara escritas unas leyes y les organizara su forma de gobierno, pero él lo rechazó, alegando que era difícil dar leyes a los cireneos, ya que tenían tan alto grado de prosperidad. «Pues nada hay tan arrogante», cruel e ingobernable, «por naturaleza, como un hombre»³, cuando posee lo que presuntamente es la prosperidad. Por eso es difícil dar consejos sobre asuntos de gobierno a los gobernantes. Ellos, en efecto, temen aceptar a la razón como guía, no sea que les recorte los privilegios de su poder, haciéndolos esclavos del deber. Pues no conocen la respuesta de Teopompo⁴, rey de los espartanos, que fue el primero en asociar a los éforos⁵ con los reyes, cuando, después de haber sido reprochado por su mujer, porque dejaba a sus hijos un poder menor que el que él había recibido, le dijo: «En todo caso, mayor, en cuanto que también es más seguro». Porque él, habiendo abandonado lo excesivo y absoluto, evitó a la vez la envidia y el peligro. Con todo, Teopompo, al desviar hacia otros el vasto caudal de su autoridad, cuanto entregaba a los otros se lo quitaba a sí mismo, mientras que la razón que procede de la filosofía se convierte en consejero y guardián para el gobernante, como si de una buena salud se

tratara, y, librando a su poder de lo inestable, deja lo que es sano.

2. La mayoría de los reyes y gobernantes, que no son inteligentes, imitan a los escultores torpes, que piensan que sus estatuas colosales parecen grandes y fuertes, si las modelan con las piernas muy separadas, con los músculos tensos y con la boca bien abierta; estos gobernantes, en efecto, creen que con la firmeza de su voz, con la dureza de su mirada, con malas maneras y con una vida insociable imitan la grandeza y la majestad del poder, aunque en nada se diferencian de las estatuas colosales, que, por fuera, tienen la forma de un héroe o de un dios, pero, por dentro, están llenas de tierra, piedra y plomo; excepto que, en el caso de las estatuas, estas cargas las mantienen siempre derechas, sin inclinarse, mientras que los generales y gobernantes faltos de instrucción, por su ignorancia interior, con frecuencia se tambalean y se caen, pues, al construir su gran poderío sobre una base que no está bien asentada, se inclinan con ella. Y así como una regla, si es rígida e inflexible, endereza del mismo modo a las demás cosas, si se les aplica y yuxtapone, haciéndolas semejantes a ella, de la misma forma el gobernante debe conseguir primero el dominio sobre sí mismo, dirigir rectamente su alma y conformar su carácter, y, de este modo, hacer que sus súbditos se acomoden a él, porque, sin duda, uno que está caído no puede enderezar a otros ni, si es ignorante, enseñar ni, si es desordenado, ordenar, o, si es indisciplinado, imponer disciplina, o gobernar, si no está bajo ninguna norma. Mas, la mayoría cree neciamente que la primera ventaja de gobernar es el no ser gobernado. Así, el Rey de los persas creía esclavos suyos a todos, excepto a su propia mujer, de la que él, sin embargo, debía sobre todo ser su dueño.

3. ¿Quién, entonces, gobernará al gobernante? La «ley, rey de todos, mortales e inmortales»⁶, como dijo Píndaro, no una ley escrita afuera, en libros o en tablillas de madera⁷,

sino la razón que vive en el gobernante, que habita siempre con él y lo vigila, no deja nunca su alma sin su liderazgo. El Rey de los persas tenía encargado especialmente a uno de sus chambelanes para que, por la mañana, entrara en su habitación y le dijera: «Levántate, mi rey, y piensa en los asuntos de los que el gran Oromasdes⁸ ha querido que tú te ocupes». Pero la voz que siempre le dice y recomienda esto está dentro del gobernante instruido y sabio.

En efecto, Polemón⁹ decía que el amor era «un servicio de los dioses para el cuidado y la conservación de los jóvenes». Y se podría decir con mayor propiedad que la divinidad se sirve de los gobernantes para el cuidado y la conservación de los hombres, para que de las cosas bellas y buenas, que la divinidad da a los hombres, ellos unas las distribuyan y otras las guarden.

*¿Contemplas tú la profundidad de este cielo infinito,
que abraza la tierra con sus húmedos brazos?¹⁰*

Él deja caer los principios de las semillas apropiadas; y la tierra las hace brotar; unas crecerán con las lluvias, otras con los vientos, otras calentadas por los astros y por la luna, pero el sol adorna todas las cosas y a todas les comunica el hechizo que brota de él. Mas, de todos estos dones y bienes, tan grandes y tan excelentes, que los dioses otorgan generosamente, no se puede disfrutar o disponer correctamente sin ley, sin justicia o sin un gobernante. La justicia es el fin y la meta de la ley, pero la ley es obra del gobernante y el gobernante es la imagen de la divinidad, que ordena todas las cosas, que no necesita de un Fidias¹¹ ni de un Policeto¹² ni de un Mirón¹³ que la esculpa, sino que él, por su virtud, se forma a sí mismo a semejanza de la divinidad y crea la estatua más bella y más digna de un dios. Y así como en el cielo la divinidad ha colocado al sol y la luna como la más bella imagen de sí misma, del mismo modo, en las ciuda-

des, el gobernante «que a la manera de la divinidad mantiene las decisiones justas»¹⁴, esto es, el que tiene la sabiduría de la divinidad en su mente, no un cetro ni un rayo ni un tridente, como algunos gobernantes se hacen representar en esculturas y pinturas, haciendo odiosa su locura, por su quimérica pretensión, ya que la divinidad se indigna con los que imitan sus truenos, sus relámpagos y los rayos que lanza, pero con los que imitan su virtud e intentan asemejarse a ella en su excelencia y filantropía se alegra y los hace prosperar y participar de su equidad, justicia, verdad y dulzura. Nada hay más divino que estas virtudes, ni el fuego ni la luz ni el curso del sol ni los ortos y los ocasos de los astros ni su eternidad e inmortalidad. Pues la divinidad no es feliz por la duración de su existencia, sino por el gobierno de su virtud. Esto es, en verdad, divino, pero también es excelente lo que es gobernado por su virtud.

4. Anaxarco¹⁵, en efecto, intentando consolar a Alejandro, que sufría un gran dolor por la muerte de Clito¹⁶, dijo que la Justicia y el Derecho son compañeros de Zeus, para que todo lo que haga un rey parezca lícito y justo. En cambio, de forma incorrecta e inútil intentaba curar su arrepentimiento por los errores cometidos, animándolo a reincidir. Pero, si es preciso hacer conjeturas sobre estas cosas, Zeus no tiene como compañera a la Justicia, sino que él mismo es la Justicia y el Derecho, y la más antigua y la más perfecta de las leyes. Los antiguos así lo dicen, escriben y enseñan que sin la Justicia ni el mismo Zeus es capaz de gobernar bien. «Hay una virgen», según nos dice Hesíodo¹⁷, incorruptible, que vive con honor, prudencia y sencillez, por lo cual a los reyes los llaman «respetables»¹⁸, pues conviene, sobre todo, que sean respetados los que menos tienen que temer. Pero es preciso que el gobernante tema más hacer el mal que sufrirlo, pues lo primero es la causa de lo segundo, y este miedo del gobernante es humano y no está falto de nobleza temer que sus súbditos sufran sin él saberlo,

*como los perros vigilan penosamente los rebaños en el aprisco,
cuando han oído a una fiera de crueles entrañas¹⁹,*

no por ellos mismos, sino por aquellos a los que ellos guardan. Epaminondas²⁰, en una ocasión en la que los tebanos corrían en tropel a un festival y se daban sin moderación a la bebida, inspeccionaba él solo los arsenales y los muros, diciendo que se mantenía sobrio y despierto para que les fuera posible a los otros beber y dormir²¹. Y en Útica Catón²² ordenó enviar a todos los supervivientes de la derrota²³ a la costa y, habiéndolos embarcado y pedido para ellos una feliz travesía, volvió a su casa y se mató con su espada, intentando enseñar a qué cosas debe el gobernante tener miedo y cuáles debe despreciar. Y Clearco²⁴, tirano del Ponto, solía meterse en un cofre y dormir allí como una serpiente, y Aristodemo de Argos²⁵ subía a una habitación elevada que tenía una puerta corredera y, colocando encima de ella su cama, dormía en ella con su concubina. La madre de esta retiraba desde abajo la escalera, que volvía a traer y poner por la mañana. ¿Podéis imaginaros cómo debía temblar en el teatro, en el palacio, en el Senado, en el banquete ese personaje que había hecho de su dormitorio una prisión? Pues, en realidad, los reyes temen por sus súbditos, pero los tiranos temen a sus súbditos; por eso, con el poder, aumentan su temor, pues temen a más personas, al tener poder sobre más súbditos.

5. Pues no es probable ni apropiado, como dicen algunos filósofos, que la divinidad esté mezclada con una materia que padece toda suerte de accidentes y con unos actos sometidos a innumerables necesidades, azares y cambios. Antes bien, arriba, en alguna parte, junto a la naturaleza, que, según los mismos principios, se mantiene eternamente idéntica, la divinidad está sentada sobre pedestales sagrados²⁶, y, como dice Platón²⁷, «dando vueltas conforme a su naturaleza, cumple derechamente su camino». Y así como

el sol, su más admirable imagen en el cielo, parece como su representación a través de un espejo para aquellos que son capaces de reconocerlo a través de él, del mismo modo, él ha establecido en las ciudades el resplandor de la buena justicia²⁸, como una imagen de su razón, que los bienaventurados y los sabios imitan a través de la filosofía, modelándose a sí mismos conforme al más bello de los modelos. Mas nada produce esta disposición en el hombre, excepto el conocimiento que surge de la filosofía, para que no nos suceda como a Alejandro²⁹, quien, al ver a Diógenes³⁰ en Corinto, sintiendo simpatía por sus dotes naturales y admirando el espíritu y la grandeza del hombre, dijo: «Si no fuera Alejandro, sería Diógenes», como si casi afirmara que estaba disgustado con su buena fortuna, su magnificencia y poder, que eran como un impedimento y una ocupación, que lo alejaban de la virtud, y sentía envidia de su capa raída y su alforja, porque con estas Diógenes era invencible e inexpugnable, sin tener necesidad, como él, de defenderse con armas, caballos y lanzas. Así, le hubiera sido posible, si se hacía filósofo, llegar a ser Diógenes en su actitud y permanecer, sin embargo, Alejandro en su fortuna, y, por esto, llegar a ser más Diógenes, precisamente porque era Alejandro, ya que ante una gran fortuna, que trae consigo borrascas y tempestades, él necesitaba un lastre muy pesado y un piloto muy experto.

6. Pues, entre los débiles, los humildes y los simples ciudadanos la insensatez unida a la falta de poder resulta finalmente inofensiva, de la misma manera que el alma, agitada en los malos sueños por una visión, no es capaz de levantarse de acuerdo con sus deseos; en cambio el poder, unido a la maldad, añade vigor a las pasiones. Es cierto lo que dijo Dionisio, pues declaraba que cuando más disfrutaba del mando era cuando podía hacer rápidamente lo que quería. En efecto, el mayor peligro está en que el que puede hacer lo que quiere, quiera lo que no debe

*Nada más pronunciada la palabra, la obra quedó al punto
cumplida*³¹.

La maldad, cuando por razón del poder tiene un recorrido rápido, hace crecer todo tipo de pasiones, haciendo de la cólera asesinato, del amor adulterio, de la codicia expolio. «Nada más pronunciada la palabra», al punto, el ofensor parece con ella; se levanta una sospecha y el hombre calumniado está muerto. Mas, así como los físicos dicen que el relámpago se escapa de la nube después que el trueno, como la sangre es posterior a la herida, pero se percibe primero, ya que el oído aguarda al sonido, mientras que la vista sale al encuentro de la luz; así en los gobiernos los castigos se adelantaban a las acusaciones y las condenas se ejecutaban antes que se tengan las pruebas.

*Pues el corazón cede ya y no resiste más,
como el garfio del ancla clavada en la arena con el flujo
de las olas*³²,

a no ser que el peso de la razón presione y reprima el poder, y el gobernante imite al sol, que, cuando alcanza su máxima altura, al levantarse en las regiones septentrionales, se mueve mucho menos, realizando con mayor lentitud y seguridad su curso.

7. Pues no es posible disimular los vicios cuando se ejerce el poder. A los epilépticos, si se suben a un lugar elevado y se mueven de su sitio, los domina el vértigo y la turbación, y hacen patente su mal³³; así, a los faltos de instrucción, la fortuna, tras elevarlos un poco con algunas riquezas, honores y poderes, tan pronto como están en lo más alto nos hace asistir a su caída. Mejor aún, así como entre vasos vacíos no podrías distinguir el intacto del deteriorado, pero, cuando los llenas, se ve el que gotea, del mismo modo, las almas corruptas, no pudiendo resistir al poder,

dejan escapar sus deseos, sus iras, su orgullo y su mal gusto. Pero ¿por qué es preciso que digamos estas cosas, cuando los más pequeños defectos en hombres ilustres y esclarecidos son objeto de calumnia? A Cimón³⁴ se le reprochaba su amor al vino; a Escipión³⁵ su afición a dormir y Lúculo³⁶ era criticado por el lujo excesivo en sus banquetes.